

titución de sociedades con nombres tan hermosos como “La Bienhechora Complutense”, destinada a la construcción de casas baratas. La urdimbre asociativa, primero con la UGT y, a partir de la República, con la presencia de la CNT, tiene como objetivo la construcción de casas para los obreros y mejorras laborales. La lucha política también es parte de la labor del obrero consciente, en torno a las ideas democráticas e incluso masónicas, como la que se defiende en la sociedad que existió bajo el nombre de *La Lealtad Complutense*.

Lo que inicialmente se desarrollaba bajo la superficie de la legalidad, logra ya en los inicios del siglo XX, la constitución de una institución estatal como la Comisión de Reformas Sociales, donde se vuelca toda la experiencia de la lucha asociativa.

Alcalá de Henares, con alma agrícola y menestral, llega hasta nuestros días, como tantas otras ciudades, sin conocer la historia de aquellos que labraban desde abajo para la mejora de la sociedad. Gracias a la investigación de Julián Vadillo, oímos el fragor de las discusiones en los talleres, en los ateneos o casas del Pueblo, para una vida digna de los trabajadores en un lugar muy representativo como la ciudad complutense.

Mirta Núñez Díaz-Balart
 Universidad Complutense de Madrid

LAGUNA PLATERO, Antonio (2015) *Carceller, el éxito trágico del editor de LA TRACA*. Valencia, El Nadir eds.

Este barroco País Valenciano nuestro, tan inclinado al exceso, ha dado como mínimo un par de personajes tocados por la desmesura. Que, además fueran tocayos, amigos y compañeros de pluma y política durante un buen trecho, apenas añade una nota curiosa. Uno de ellos es el escritor Vicente Blasco Ibáñez y el otro, el editor Vicente Miguel Carceller. Periodistas, agitadores culturales y activistas políticos republicanos y furibundos anticlericales. De ambos se puede decir cualquier cosa, menos que llevaran una vida comedida o discreta.

El profesor Antonio Laguna acaba de entregar el que quizá sea el más completo estudio sobre el segundo de estos hombres, Vicente Miguel Carceller (1890-1940). El libro recoge una pequeña parte de la ingente investigación de Laguna sobre el tipo de producción editorial en la que Carceller fue de lejos el número uno: la prensa satírica, irreverente y subversiva que a caballo del XIX y XX y hasta el final abrupto de la libertad en 1939, fue el principal alimento intelectual e informativo de las clases populares de este país. En eso Carceller fue imbatible, como lo fue el periódico *La Traca*, que él dirigía desde sus veinte años y que en la España semi analfabeta de

los años treinta llegó a vender medio millón de ejemplares. Una desmesura, se mire como se mire.

El Libro de Laguna presenta una aproximación rigurosa y cronológica al personaje y su obra, señalando oportunamente las líneas de significación y de contexto que permiten entenderlo. Desde el perfil del hombre y su aprendizaje en la primera *Traca* de la Restauración, el perfeccionamiento de las claves de su éxito empresarial, los reveses frente a la Dictadura, el salto al mercado español con la República y el calvario final de la noche franquista y la muerte.

El proletariado de la sociedad de masas dispuso, al igual que la burguesía, de sus propios medios de comunicación, que hablaban su lenguaje y defendían sus intereses. Sólo que los del proletariado, mucho menos instruido que la clase dominante, recurrían a la imagen y a la sátira. El periodismo satírico fue siempre el vehículo principal de comunicación para las clases populares de la era de la sociedad de masas. Los diarios de fines del XIX y primer cuarto del XX habían entrado poco a poco en el “negocio” de la información y hasta algunos de ellos, en el negocio sensacionalista de “crear” la noticia, como hiciera el gran Hearst con la guerra de Cuba. Los periódicos satíricos populares “creaban” abundantemente sensación, provocando “hechos” que luego se noticiaban y a su vez generaban más hechos en un proceso retroalimentado, que la prensa amarillista conoce bien. La novedad era que esa técnica populista se ponía al servicio de la subversión y la crítica feroz del sistema.

La clave del éxito de este salto de la cultura popular tradicional a la de masas que fue *La Traca*, es la inteligente combinación de humor y lenguaje popular. Una combinación que, hunde sus raíces, seguramente, en la larga tradición de la “literatura de cordel”, los “coloquios” valencianos y las aucas de ciego. La tradición de comunicación popular basada en la sátira y el humor menos complaciente, que pudo expandirse tras la Guerra de Independencia a pesar de la intermitente persecución oficial, y que pasa por medio de la prensa satírica de finales del XIX, de la plaza a la imprenta y a las masas. Un humor sin concesiones que, debido a su “éxito social”, ha servido para fijar el estereotipo del llamado “humor valenciano”, según nos cuenta Martínez Gallego, otro experto en la materia. El referente actual de esa clase de humor desacralizador quizá sea el propio Xavi Castillo y sus astracanadas y “brofegaes” sin cuento. Sólo que ahora recurriendo al “directo”, al YouTube y la viralidad digital. Humor lleno de sexo y de imágenes malsonantes, la ilustración por encima del texto, la caricatura y el grafismo como códigos directamente comprensibles.

Y luego el lenguaje descarnado: en sus inicios y hasta el año 1931 en que se expandió a todo el estado español, *La Traca* se había escrito en Valencià o, mejor, en “valensiá”. Un catalán coloquial y repleto de frases hechas y errores voluntarios. No sólo en escritura fonética, que transcribe directamente la lengua hablada sin ajustarse a normativas, sino incorporando sin complejos ni purismos todo el descosido que la castellanización le había hecho a la lengua de los valencianos desde la Nueva Planta. Esta es, precisamente, otra de las claves del éxito. Y no sólo porque esa forma de escribir acentúe la comicidad, sino principalmente, porque suprime de un plumazo

las barreras con los lectores menos ilustrados de las clases populares, destinatarias únicas de la publicación.

Lo que emerge del relato no es sólo un editor avisado, sino un promotor cultural y agitador de conciencias que estuvo en condiciones de “invertir” el capital de cultura popular valenciana más indómita –en la estela de Bernat i Baldoví, Escalante, Constantí Llombart o Blasco Ibáñez- en la construcción de un valencianismo de izquierdas, que podía hablar de tú a tú con la *Renaixença* burguesa de los juegos florales y la poética fósil. Que hubiera podido dotar al valencianismo político de un tronco popular engarzado en la cultura de masas y, por tanto, con una mayor potencia expansiva. Una desmesura, ya digo.

Podría quizá conjeturarse, dado el extraordinario y persistente éxito de público, si esa estrategia de dicción no habría podido inspirar una posterior normativización menos culterana y, por ende, más popular de la Llengua, que aquella que consagraron las Normas de Castellón (1932) con deliberado olvido de la llamada “*Renaixença d’Espardenya*”. Si no habría podido mantenerse vivo un canal de comunicación con la tradición popular, que quizá le habría dado mayor fuste a las señas de identidad valencianas.

Nunca lo sabremos, porque el experimento fue abortado prematuramente. La reacción escandalizada del *stablishment* y las sanciones y secuestros que multiplicaban su fama ... y sus ventas millonarias, se convirtieron, con el triunfo de la barbarie fascista de aquel general que Carceller llamaba “Paca la Culona”, en instinto vengativo y homicida. Fusilado en 1940 en el cementerio de Paterna. Otra de sus desmesuras, sin duda.

El juicio y muerte de Carceller tiene, dada su trayectoria de agitación cultural y compromiso político, toda la pinta de una venganza. Lo que se juzgaba en él, lo que se condenaba y se fusilaba, era esa cultura popular inasimilable e insurrecta. Lo que se enterró en el cementerio de Paterna era la posibilidad misma de un valencianismo popular y de izquierdas que hubiera podido ocupar el sitio del claudicante “per a ofrenar noves glories a Espanya”.

No sólo muerto, sino silenciado y sus publicaciones requisadas y destruidas sistemáticamente. De no haberse cortado en seco ese tronco, quién sabe qué diferente curso habría podido tener el valencianismo político durante la transición democrática y durante aquella malhadada “batalla de Valencia” en la que el conservadurismo se apropió de la simbología y la potencia del valencianismo popular, y de su expresión organizada en el mundo fallero, transmutándolo en “blaverismo”. Los procesos históricos no son reversibles, pero tampoco son deterministas: las cosas habrían podido ser de otro modo.

Pepe Reig Cruaños
 Universidad de Castilla-La Mancha